







EL PIQUETE
HERNÁN VANOLI

- Ilustrado por: EZEQUIEL GARCÍA

Vanoli, Hernán

El piquete / Hernán Vanoli ; edición literaria a cargo de María Inés Kreplak y Marcos Almada ; ilustrado por Ezequiel García. 1a ed. Buenos Aires : Ministerio de Cultura de la Nación, 2015. 114 p. : il. ; 14x10 cm. (Leer es futuro / Franco Vitali; 13)

ISBN 978-987-3772-17-7

1. Narrativa Argentina. I. Kreplak, María Inés , ed. lit. II. Almada, Marcos, ed. lit. III. Ezequiel García, ilus. IV. Título
CDD A863

Fecha de catalogación: 10/12/2014

- Edición literaria: María Inés Kreplak / Marcos Almada
- Diseño de tapas e interiores: Pablo Kozodij

► COLECCIÓN LEER ES FUTURO

En el marco de una serie de actividades de promoción y fomento de la lectura, el Ministerio de Cultura presenta la colección de narrativa *Leer es Futuro*, que llega a tus manos en forma gratuita para que puedas disfrutar del placer de la lectura.

En esta oportunidad, convocamos a escritores jóvenes cuya carrera está apenas comenzando, con el objetivo de visibilizar su tarea, contribuir a la difusión de sus obras y democratizar el acceso a la palabra, en continuidad con

la ampliación de derechos garantizada por los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner.

También hay que mencionar la inclusión de los ilustradores de cada uno de estos libros: todos jóvenes y talentosos dibujantes con ganas de mostrar su trabajo masivamente.

Y en un formato de bolsillo para que la literatura te acompañe a donde vayas, porque leer es sembrar futuro.

———— **Ministerio de Cultura** ————

Franco Vitali
Secretario de Políticas Socioculturales

Teresa Parodi
Ministra de Cultura



HERNÁN VANOLI

BUENOS AIRES, 1980. Publicó *Varadero* y *Habana Maravillosa*, *Las Mellizas del Bardo* y *Pinamar*. En 2015 publicará la novela *Cataratas*. Relatos suyos aparecieron en antologías de Argentina, México, España y Estados Unidos. Trabajó en el CONICET, en marketing y publicidad, en el Estado. Es uno de los editores de la Revista Crisis y del sello Momofuku Libros.



EZEQUIEL GARCÍA

ROSARIO, SANTA FÉ, 1977. Es historietista y artista plástico. Estudió historietas con Alberto Breccia, Bellas Artes, cine y fotografía. Fue co-editor de la revista de historietas *El Tripero* y publicó sus trabajos en medios como *Barbaria*, *Ramona 36*, *Camouflage Comics*, *Ojo de vidrio*, *La cabula*, *La mano*, *Carboncito*, *Ñ* (Suplemento Cultural de Clarín), *Un Faulduo*, *Barcelona*, *Brando*, *Crisis*,

Valores al Cubo, Estrella, Skyn Magazine, Chalupa entre otras. Publicó las novelas gráficas *Llegar a los 30* (2007) y *Creciendo en público* (2013). Obtuvo el Premio Historieta en el 27º Sal3n del Humor de Piracicaba, Brasil (2000). Se puede ver su obra en:

- ezequielgarcia.com.ar

EL PIQUETE



“...aquel oscuro licor que ni las mujeres ni los muchachos ni los niños bebían, sólo los cazadores, bebiendo no la sangre vertida por ellos sino alguna condensación del inmortal espíritu selvático, bebiéndolo con moderación, hasta con humildad, no con la baja e infundada esperanza del pagano de adquirir con ella las virtudes de la astucia y la fuerza y la rapidez sino en homenaje a estas...”

William Faulkner

Por ambos lados, pastizales y yuyos se agitan con la fuerza de un chorri-

to de fuente enferma. Amarillos casi blancos, pelos de vieja que acarician el suelo de arenisca, suelo de desierto, piedras sin forma que ni siquiera sirven para hacer sapito porque no hay agua en los bordes de la ruta de la muerte. Tampoco hay carteles, ni alambrado. Sólo autos viejos, un Falcon, un Fairline verde oxidado, sobre el capot un cráneo de vaca carcomido por el sol. Y altares. De piedra o de lata, hechos por algún familiar de los que chocaron. Gente que resbaló sin darse cuenta en



el tibio barro de la hipnosis. El médico me toma el pulso. Mi brazo crispado me recuerda esos cientos de brazos casi lampiños, sin reloj, manos transpiradas y laxas que en un acto reflejo volantean con estupor y con torpeza, drogadas de culpa. No es romántico. En un segundo estás adentro del trompo de la muerte, un espiral de vértigo donde en el centro espera un camión Iveco de fabricación nacional, o un Toyota Corolla que paseaba la dignidad y la adrenalina de un jubilado del ministerio de economía. Y

pum-pum, crash, hagamos palmas todos juntos, abrazados en un samba hasta la fogata de hierro y plástico y huesos y pelo chamuscado que veneran los pobladores de General Acha, el pueblo al que la ruta de la muerte corta como una guillotina.

Pero mi desgracia actual no es producto de un choque, o no es solamente producto de un choque. Fue un tiroteo seguido de un vuelco: un tiroteo en un piquete, una trágica confusión. Hace poco más de cinco días, cuando la Se-



mana Santa empezaba junto al conflicto entre el gobierno y los sectores rurales, en uno de los altares ubicado justo en una curva vi una foto de un nene rubio con una remera a rayas. Se parecía a mi hermano Damián, pero no me pareció atinado comentárselo. Damián manejaba su Volkswagen Gol 1.8 versión alemana con el mismo talento y la misma tranquilidad que tiene para los negocios. Al auto lo compró hace apenas unos meses vía un plan del gobierno para fomentar el consumo, la industria

y la felicidad del pueblo. Aprovechaba el viaje para ablandarlo. Cuando se me apareció la foto habíamos reducido la velocidad por los baches, y hablábamos de la película sobre la conquista del desierto que nunca lograríamos filmar. Sin embargo teníamos ideas, una gran capacidad de dispersión heredada de largas horas en Internet, y elucubrábamos con la ligera euforia que nos producía estar cerca de nuestro destino, el coto de caza “La Tranquera”, propiedad del cuñado de Trini, la novia de Da-



mián. Que, como corresponde, viajaba en el asiento de acompañante. En el auto sonaba *This is Hardcore*, de Pulp, un disco que de alguna manera me hace sentir viejo, sabio y sutil. Trini era Labello Wild Melon en los labios y olor a jazmín en todo el cuerpo y sus uñas pintadas bailaban sobre su teléfono, según declaraba subiendo a Twitter nuestras ideas para el guión de la película. Que incluían una larguísima escena de combate entre el ejército de sicarios de un magnate de las telecomunicaciones

australiano y el ejército de sicarios de un grupo internacional dedicado a la minería a cielo abierto, interrumpida por un ejército de aborígenes zombies sin orejas, o mejor dicho con las orejas cortadas por el largo sable del ejército argentino, o por sus propias hachas de piedra en un desesperado y marchito intento por salvar las vidas. Los pobladores originarios de la Patagonia se levantaban de sus tumbas para armarse y alimentarse de carne blanca antes de avanzar sobre Buenos Aires, aunque la



estatua del General Roca que adorna al corazón político del país había sido reemplazada por la de Facundo Quiroga hacía mucho tiempo. Ignoro cómo habrá hecho Trini para resumir ese primer punto de giro en 140 caracteres, pero lo cierto es que en ese momento la pasábamos bien, teníamos aire acondicionado y todo hacía pensar que iba a ser una Semana Santa como tantas otras, llena de alimento y de melancolía por otro año que empieza. O que al menos todo esto, yo, no iba a terminar

así, postrado y con dientes rotos, como el cráneo de esa vaca que parecía saludar desde el capot herrumbrado de un Fairline verde.

* * *

Estoy en el aeropuerto de Santa Rosa. Parece un club de aviación deportiva con techo de chapa y sillones de hace unos diez años, sin renovación de tapizado. Me miro al espejo que recubre una columna mientras los huéspedes



de Antonella, la hermana de Trini, hacen el papelerío. Tengo puesta una remera celeste con una estrella roja de cinco puntas que debajo dice *www.radioinsurgente.org*, bermudas largas imitación camuflaje y zapatillas de lona All Star grises muy sucias. Favorecidos por ingestas descontroladas de alcohol, los lípidos avanzan a través de mis células como el ejército rojo en Stalingrado. Mi cuerpo con lunares y poco vello soporta el peso de dos tatuajes en los que no creo, uno tribal y otro de los Rolling



Stones, que titilan como una alarma cada vez que me miro al espejo después de bañarme. A estas mini vacaciones no traje ningún otro libro que La Biblia, ningún otro dispositivo electrónico que mi celular. Estuve viajando durante los últimos dos años, después de que en la UBA me negaran la renta de un cargo docente que ejercí durante cinco. Tengo siete mil dólares en mi cuenta bancaria, fruto de mis ahorros mientras di clases de español e hice de baby-sitter en Dublin. Vivo en un monoambiente



del barrio del Abasto, contrafrente y propiedad de mis padres, que da a un complejo de canchas donde se juega al fútbol 5 desde la mañana hasta la noche, de lunes a domingo, y donde de vez en cuando se arman grescas que filmo desde mi ventana con una pequeña filmadora Samsung que compré en el principado de Andorra. En una de esas peleas, un arquero sacó de su mochila una cadena con la que rompió al menos dos narices y cortajeó brazos, espaldas y piernas. La policía llegó con tres ho-



ras de retraso, cuando todos los participantes se habían ido. Una parte del círculo central de la cancha quedó teñida de rojo por varios meses. De pronto Antonella, la hermana de Trini, me toca el hombro. Estoy acá porque me ofrecí para ayudarla a transportar a los cazadores hacia el coto, más que nada a subir los equipajes al techo de la camioneta porque Rubén, el chofer y casero, está grande y tiene problemas de espalda, y Santiago, el marido de Antonella, se quedó preparando los detalles del



almuerzo con Trini y con mi hermano. Los cazadores son siete: una mujer sola, canosa y de anteojos negros con un largo vestido floreado y sandalias rojas, dos españoles maduros, con borceguíes y ropa de montaña, acompañados de dos chicos que no deben superar los veinte, y un sesentón muy alto, de lentes con marco dorado y camisa verde oliva, que avanza pegado a una negra unos treinta años más joven, hermosa y atrapada en un pantalón blanco y una blusa violeta. El sesentón es Randy,

aunque todavía no nos conocemos. Los changarines, dos chicos muy flacos y con los tobillos llenos de manchas de grasa, transportan en un carrito el edificio formado por el equipaje, y en otro las armas, frías y guardadas en enormes y apilables valijas negras. Les doy los diez pesos de propina que Antonella indicó para cada uno. Aunque yo les diga que se vayan, ellos se acercan de todos modos a pedir más a los turistas. Consiguen dólares. Después, los changarines se alejan y los depredadores suben



a la camioneta. Todos menos Randy, que se acerca a preguntarme si necesito ayuda. Le digo que no, que está bien, y me saluda mientras me dice su nombre: Randolph Palance. Cuando le sujeto la mano, está tiesa y pegajosa. Randy hace un movimiento rápido en el que separa su brazo y me quedo sosteniendo una mano de goma o de plástico. Pego un grito y la suelto, la mano cae sobre un charco de agua en el que flotan dos colillas de cigarrillo. Julia, la morena, sale de la camioneta, le dice que es un pen-

dejo y me pide disculpas con una sonrisa que no tengo pensado olvidar: Randy siempre hace el mismo chiste. Randy se ríe con fuerza, se agacha a buscar la prótesis, la limpia en su camisa y se la alcanza a Julia que la guarda en su cartera. Mientras sube a la camioneta, me dice que los cazadores no se asustan.

* * *

Tuve planes de pedir un anticipo de herencia, mudarme al sur, comprarme



una camioneta y trabajar de remisero. Pensé en probar suerte en la bolsa de valores de mi pequeño y subdesarrollado país, todo mi capital atado al destino de Aluar o de Petrobrás. Proyecté aprender jardinería, irme a trabajar a un barrio cerrado y no detenerme hasta seducir a la hija inteligente y algo traumada de una familia rica, que me mantendría para siempre mientras consumiríamos cultura desde nuestras laptops y la comentaríamos irónicamente, con una necesaria dosis de populismo

cínico, en las redes sociales. Soñé con viajar a Colombia, comprar cocaína y venderla en Nueva York. Especulé con vender mi esperma y en someterme a experimentos biotecnológicos de cualquier tipo. Leí a las religiones orientales, con el tibio proyecto de mudarme a un asentamiento del conurbano, enseñar filosofía e iniciar un movimiento social mientras escribiría una novela de mil páginas que transformaría América Latina para siempre. Me juré abandonar mi yo y vivir en la calle, filmando



un documental. Todas estas ideas me parecieron falsas así que decidí quedarme con otras dos: escribir un largo ensayo sobre *Mad Men*, la serie norteamericana sobre el origen de la industria publicitaria durante la década del sesenta de la que supe ser adicto, y aprender a disparar con los extranjeros para ofrecerme como agente de seguridad en un banco o en un comercio, un empleo mal conceptuado por mi amada clase media pero sin embargo bastante bien pago. El plan vendría complemen-

tado con gimnasio y anabólicos durante cinco meses, y con un poema largo que escribiría palabra por palabra en las paredes de mi monoambiente hasta que no tuviera nada que decir, hasta quedarme vacío.

* * *

Los cazadores vivían en un complejo rectangular y pintado de gris, con molduras en verde agua y carpintería de metal alemana llena de propieda-



des térmicas. Por las tardes, mientras ellos preparaban sus armas y todos sus *gadgets* para las salidas tras una larga siesta, mientras los dogos de nuestros anfitriones aullaban y olisqueaban la muerte, me gustaba sentarme a fumar sobre unos troncos. El zonda barnizaba el horizonte de terracota, los caranchos levantaban sus últimos vuelos y mi hermano y Trini se encerraban a coger con cariño y persistencia en la habitación que compartíamos, sin televisores inteligentes ni aire acondicionado, en la

parte dedicada al personal. Antonella y Santiago tampoco tenían esas comodidades. Vivían en una habitación muy parecida a la nuestra, pero con orientación Este y salida a un jardín trasero con parrilla y unas esculturas de hierro sobre el césped: un ciempiés, una mariposa, unos peces guturales de dientes filosos. Los hacía un amigo de la infancia de Santiago y estaban a la venta. Con lo que recaudaban en el coto de caza durante las vacaciones del primer mundo, Antonella y Santiago podían vi-



vir el resto de año en un cómodo departamento en Mar del Plata. Sin hijos, lo que relataban de sus vidas sonaba bien: el hace surf casi profesionalmente, ella diseña interiores cuando tiene ganas.

De a poco, en el primer desayuno, fui conociendo detalles sobre los turistas. Nos los contó Trini, mientras comíamos dulce de higos y un pan casero exquisito que había horneado Alelí, la mucama, una chica de unos dieciocho años que venía de Bahía Blanca y me había gustado desde el primer momen-

to en que la había visto, cuando me ayudó a bajar el equipaje de los llaneros de la pampa. Según Santiago el grupo era bueno, sin grandes egos ni conflictos salvo por el manco, que además de desobediente era el mejor tirador. Randy había perdido su brazo en Irak y tenía granjas en Kentucky. Julia era su tercera mujer. Al parecer, durante la cacería nocturna, Randy había tenido un cruce fuerte con Ordóñez, el guía, porque no había querido seguir el itinerario que le había propuesto y además de tres jaba-



lías, que eran la presa del día, se había cargado un antílope. A los chanchos los mataba con cuchillo, a la criolla, metiéndose entre los perros. Trini preguntó porqué tres jabalíes si el máximo era dos, mientras le chorreaba el café con leche caliente en el que había mojado su tostada. Santiago le explicó que Randy había pagado doble porque su mujer no cazaba y él quería aprovechar su cuota. Cazaba con un rifle magnum .300 que era casi una reliquia apoyado en su muñón. Damián preguntó por la mujer de

canas, mientras hojeaba la cobertura del conflicto del gobierno con el campo en el diario La Nación. Santiago, que desayunaba comida macrobiótica con muchos dados de tofu, comentó que le parecía una mujer intrigante, la abuela que a él siempre le hubiera gustado tener, esa que, mientras te protege, te lleva a rozarte con el misterio y la ilegalidad. Sarah era de Chicago, hija de millonarios exiliados serbios, y tiraba con un rifle Mannlicher ultra liviano calibre .222, que a Trini, aunque odiase la caza,



le había parecido elegante. Según Ordóñez, dijo Santiago, era mala tiradora y en realidad buscaba otra cosa. Parece que era común que viudas ricas, mujeres de ex cazadores, anduvieran por los cotos pampeanos en busca de un poco de compañía. Y otra vez según Santiago, no era raro que el propio Ordóñez se las brindase. Trini consideraba que ese era un pensamiento machista, y coincidí con ella mientras miraba a Alelí, de calzas negras, agacharse para buscar una caja de fósforos en la despensa.

Damián, que manipulaba con torpeza el teléfono de su novia y preguntó por los españoles, dijo que le caían bien. Parece que eran hermanos y que los chicos eran los nietos de Anton, el de barba blanca, porque Jordi era soltero y había dedicado su vida a la ciencia. Se trataba de su tercera salida de caza fuera de la península, porque ya habían estado en Mozambique y en Sudáfrica. Uno de los chicos, el de pelo largo rubio y ropa de entrenamiento del Barcelona se había puesto a llorar mientras los dogos



despedazaban a un jabalí bebé y había dicho que no iba a hacerlo nunca más, mientras el otro, algo más bajo y musculoso, de rulos pelirrojos y las dos manos absolutamente tatuadas, había pedido tirar sin demasiado éxito.

Terminamos el desayuno mientras Alelí, liberada, probaba su propio pan en una mesa pequeña pintada de rojo que había junto a la puerta que llevaba a la sala de máquinas, donde Antonella explicó que había una caldera y una bomba de agua. Estuve un buen

rato pensando una frase ingeniosa o una pregunta para acercarme mientras analizaba, a vuelo de pájaro, la manera en que La Nación, portavoz de la oligarquía agraria desde el siglo XIX, retrataba lo que todos ya conocíamos como “el conflicto del campo”. Básicamente, su versión era que los cortadores de rutas eran pequeños emprendedores entusiastas, leales a la esencia del país, y que las retenciones sobre las exportaciones de soja eran un ejercicio leonino de atropello por parte de un gobierno



expoliador y guerrillero, enriquecido gracias a poco honrosos contubernios con las grandes exportadoras de granos. Agradecí no tener televisión ni Internet, lo que iba a ahorrarme horas de discusiones, cadenas de mails, opiniones desahoradas, análisis de sesudos científicos sociales sobrecapacitados para sus trayectorias laborales, tuits histriónicos de militantes tardíos, chicanas sin otro sentido que “ganar discusiones” que no afectan en nada a la realidad, morbo por la manera en que los supuestos perio-

distas glosaban los datos y alternativas, todo en un clima de irritación que no se correspondía para nada con la situación real de la enorme mayoría de la gente que me rodea: seres vencidos por el tiempo y por una vida que no eligieron, que les exigió tomar decisiones en los momentos equivocados, a veces sagaces y casi siempre narcisistas, bienintencionados pero con amargos momentos de resentimiento, locura y crueldad, especuladores cuando pueden, inseguros todos los días, que se mueven por



la vida con la frustración y la ansiedad del joven manos de tijera en un restaurante de sushi libre. Hablo de los micromundos de la producción cultural, esa enorme galaxia alimentada por las recalentadas neuronas y extremidades sexuales de individuos como yo, muy poco dispuestos a renunciar a sus privilegios pero mucho más dispuestos a hacerlo que aquellos que no los tienen en caso de que los obtuvieran, pertrechados en los quebradizos pilotes de las relaciones familiares, maníacos,

con miedo al cáncer, más que nada al cáncer, y azotados por los fantasmas de un pasado que no terminamos de vivir pero que pesa como una caja negra llena de plutonio en el fondo del corazón. Así soy yo, así son la mayoría de los seres con los que interactúo en mi vida cotidiana, y así, también, son los grupos de chicos que cada dos por tres se castigan en las canchas de fútbol cinco, con cadenas o sin ellas, formando una figura iridiscente y con tentáculos que parece masturbarse sobre



una alfombra verde regada de caucho.

* * *

Contra todos los pronósticos, esa noche dormí con Alelí. Los depredadores ya habían salido de caza, y mi hermano y Trini se iban a cenar a General Acha, al necesario restaurante gourmet que hay en cada pueblo medianamente floreciente con la soja, el turismo, la minería, la exportación desenfrenada de combustibles en crudo o las cuatro

cosas combinadas. Querían una cena romántica así que les dije que me dejaran por ahí, y que iba a estar donde me indicaran a la hora que me indicaran. Terminé de ducharme, tomé un sorbo ancho y puro de la botella de Jack Daniels que Damián besaba todas las noches antes de dormir, me puse desodorante y crucé el casco principal de la casa bajo la luz de una luna mal cortada, hasta la habitación donde dormía Alelí. Antes de golpear la puerta sentí que Rubén escuchaba un disco, o tal vez la



radio, de donde salía la dolorida voz del Chaqueño Palavecino. Alelí salió vestida con las mismas calzas y la musculosa a rayas rosas y negras que había usado durante todo el día, pero con el fino pelo negro suelto sobre los hombros, sin rastro de su rodete, y un hermoso olor a lavanda industrial. La invité a cenar con mi familia y primero dijo que no, pero sólo para que le insistiera.

En el viaje le informé que el plan real era cenar solos y no se opuso. Comimos en una hamburguesería. Me gustó

que Alelí me imitara cuando yo le ponía sal a la hamburguesa además de a las papas fritas. Recién ahí, con los labios manchados de ketchup, me dí cuenta de que tenía una cicatriz enorme y bastante profunda en su brazo derecho. Después de sonreír y de cambiar de tema preguntándome cómo eran las chicas irlandesas, me confesó que se la había hecho cuatrereando. Por esa noche, no quise saber más. ¿En serio estás a favor del gobierno?, me preguntó. Me dijo que yo no tenía idea de lo que era



el campo, y probablemente tenía razón. Le pregunté si quería helado o marihuana y eligió marihuana. Traté de convencerla de que viniera conmigo a Buenos Aires, con la secreta esperanza de que me retrucara que mejor la acompañara a Bahía Blanca, una ciudad que yo siempre había imaginado a través de sus poetas. Pero eso no pasó. Hablamos de Randy, de los españoles y de Sarah, que según Alelí tenía la habitación hecha un desastre y jeringas sin usar en una de sus valijas, y había puesto dos portarre-

tratos de mujeres viejas sobre la mesa de luz, junto a dos candelabros sin velas. Casi nos perdemos entre las casas bajas, donde los ventiladores de techo ronroneaban y los televisores ardían en violeta y azul. En su cama, antes de empezar, sacó un par de medias limpias de su bolso y me lo metió en la boca. Eran medias de algodón gastado, a rayas verdes, marrones y amarillas. A las seis de la mañana, con los ojos un poco hinchados porque no me había quitado los lentes de contacto, decidí volver a



mi habitación. No quise despertarla, y donde había reposado mi cabeza, sobre la almohada, dejé el par de medias que ella había usado para callarme.

De regreso, dí la vuelta para ver el amanecer sobre el horizonte de miles y miles de dólares en hectáreas sojeras regadas de animales condenados a muerte. Sentada en una de las sombrillas, con una taza humeante, vi a Julia, la mujer de Randy. Fumaba con boquilla y leía un libro. Nos observamos por unos segundos hasta que ella me hizo

un gesto para que me acercase. Usaba una especie de largo tapado rojo y zapatillas Reebok negras con suela amarilla fluorescente. Julia me ofreció un cigarrillo, le dije que no pero me senté sin que me invitase. Nuestra conexión real apareció cuando vi lo que estaba leyendo: *The Savage Detectives*, de Roberto Bolaño. Mentí que Bolaño era uno de mis escritores favoritos, cuando considero que más allá de sus cuentos agradables su propuesta estética corona de una manera triste y derrotada el deve-



nir mendicante, fragmentado y errático de la cultura literaria, acompañando su separación absoluta de cualquier impulso de transformación social. Funcionó: tuvimos un satisfactorio diálogo lleno de sobreentendidos, donde Julia me demostró su conocimiento de escritores latinoamericanos, tanto del boom como del anti-boom –incluso me habló de César Aira–, y también su fascinación con estas tierras que prometen una modernización alternativa sin caer en el oscurantismo religioso islámi-

co que ella consideraba el peor de los males. Leía en español, pero prefería las traducciones porque las disfrutaba más. Al hablar le brillaban los ojos, por alguna razón tenía las cejas delineadas y sentí las espinas de la masculinidad creciendo en el eje transversal que me atraviesa el cerebro, el alma y los testículos. Empecé a recomendarle libros hasta que se aburrió de esos nombres que nunca iba a recordar y me dijo si yo estaba dispuesto a hacerle un favor. Me apoyé sobre el respaldo de la silla de



hierro, sentí el olor ácido del rocío y le dije por supuesto, estoy a tu servicio. Respiré hondo y traté de permanecer inexpresivo. Entonces me enteré de que Randy, que dormía en su habitación y probablemente había escuchado gran parte de nuestra charla con una mueca, había tenido un incidente con su rifle y por eso necesitaban que los acompañase esa misma mañana a Santa Rosa a comprar otro. Faltaba ultimar algunos detalles del transporte, si yo estaba dispuesto me avisarían en

alrededor de dos horas, y desde luego sería recompensado.

* * *

Volví de Santa Rosa con una bolsa de chocolates, un sueño tremendo, fotos de una armería tomadas con mi celular, dolor de estómago y la promesa de Randy de enseñarme a disparar. Hicimos negocios: yo no le cobraba nada por acompañarlo a la armería y hacerle de traductor, y él me introducía en los



misterios de las armas. Sin embargo, como el trato le parecía desventajoso, también tuve que ofrecerme a explicarle las principales noticias locales. A partir de que sellamos el acuerdo, Julia empezó a ignorarme.

* * *

Dos noches más tarde me ofrecí para cocinar. Era la noche de descanso, porque al otro día se produciría la gran cacería de pumas. Convencí a Trini y

a Santiago sobre mis habilidades culinarias adquiridas en la cocina del pub *Giant Goose* en Belfast, por intermedio de un compañero mexicano que terminó robando la caja del negocio antes de escaparse a probar suerte en Rusia. Mi propuesta fueron tacos criollos, yo prepararía la masa y rellenos algo eclécticos, con guacamole, morcilla, porotos y, por supuesto, carne y pollo. El picante, por desgracia, sería autóctono. Quería aprovechar para estar cerca de Alelí, que en nuestro segundo encuentro en



la sala de la caldera me había advertido que era el último porque estaba haciéndose amiga de uno de los chicos españoles. Quise averiguar cuál pero no quiso decírmelo, hasta que confirmé que era el que había abandonado la caza y ahora pasaba las noches conversando y tomando Fernet con ella en el living de la estancia, jugando a *Perdidos en Tokio*. Entendí. De todas maneras nos pasamos la dirección de mail y quedamos en ser amigos de Facebook. Lo único bueno es que me había olvidado de lle-

varle el chocolate que había comprado para ella en Santa Rosa, y tuve algo para comer antes de dormir, mientras pensaba en mi vida cuando volviera a Buenos Aires, y Damián y Trini se decían secretos en la cama.

Todos, incluida Julia, elogiaron mi comida. Ordóñez, entonado con el vino y por primera vez sin sombrero, pidió un brindis por el inicio de la cacería de pumas y mientras todos comían el postre de tarta de manzana con helado de crema contó la historia de la estancia,



que originalmente se llamaba *Alesh*, un nombre tehuelche. Fue un momento incómodo, porque ni Antonella ni Santiago querían que esa historia fuera relatada, pero la vehemencia ética de Ordóñez pudo más. Se puso violento, en la camisa tenía una profunda mancha de vino. Para no escucharlo, y porque no entendía español y Ordóñez no hablaba inglés, Randy pidió disculpas, dijo que tenía un molesto dolor de cabeza y se retiró de la mesa con Julia, sin terminar el postre, llevándose una

botella de agua mineral. Apenas traspasaron la puerta, Sarah, que estaba también bastante borracha aunque sólo tomaba Martini Dry, dijo que sólo había una cosa peor que el ano contra natura, y eso eran los ex alcohólicos y los ex drogadictos. Su comentario convocó al de los españoles, que dijeron que no lo tomaran a mal, pero el comportamiento de Randy, víctima sin dudas de las secuelas de la guerra, no era el apropiado para unas jornadas de las características que ellos pretendían. Santiago ca-



rraspeó incómodo desde la blandura de sus sandalias de goma y dijo que había cosas que no podían preverse mientras ayudaba a Alelí a levantar los platos de postre. Me levanté a colaborar, sólo para hacerla sentir mal y marcar diferencias con el español, que ignoró mi actitud y despegándose por unos segundos de su Iphone, preguntó qué había hecho hoy el puto gilipollas. Su tío abuelo, copa de vino en mano, no tardó en contarle lo de la noche anterior. Randy no sólo disfrutaba revolviendo las vísceras de los

animales cuando no habían terminado de morir, robaba presas ajenas, hacía ostentación de su puntería y cantaba canciones obscenas cuando estaba por disparar, sino que después de fallar un disparo difícilísimo contra un ciervo colorado en movimiento, tiró su rifle al fondo de la laguna y pretendió que todos suspendiesen la cacería, después de lo cual se había puesto a dormir en la camioneta, con fuertes ronquidos y hablando solo en medio de una pesadilla. Deberían encerrarlo en Guantánamo,



dijo el abuelo Jordi, o llevarlo a hacer rehabilitación con Osama Bin Laden.

La picada nariz de Ordóñez resoplaba porque no lo habían dejado contar su historia, y cuando Antonella y Santiago percibieron la situación, retrocedieron y le fueron preguntando por sus experiencias con mucha habilidad y algo de miedo. Sarah volvió a llenar a tope la copa del baqueano, que pidió un nuevo brindis y empezó a hablar. Damián, incómodo, cruzaba las piernas para un lado y para el otro, y Trini le

acariciaba la mano por debajo del mantel con flores bordadas. Según Ordóñez, en la época de la Conquista del Desierto la zona donde estaba la estancia era una especie de cementerio tehuelche, donde muchas veces los pumas hambrientos venían a disputarle la carroña a los perros cimarrones. El cacique, que se llamaba de una forma que no puedo recordar, había perdido a su mujer favorita por fiebre tifoidea, y había recorrido muchísimos kilómetros para enterrarla ahí, en ese viejo cementerio



donde la muerte se reconciliaba con la vida. Al llegar al terruño, lo encontró saqueado por los pumas que abundaban por la zona. Ordenó a su comitiva de nueve hombres esperar a la noche a que vinieran los pumas a profanar el cuerpo de su mujer, y entonces matarlos y llevarse sus pieles. El problema fue que esos pumas estaban demasiado acostumbrados a comer carne humana, como le pasa al hombre cuando toma buen vino, comparó Ordóñez. La historia terminaba con un ataque feroz

de pumas a los tehuelches durante esa noche. Una masacre. Cuando otros integrantes de la tribu fueron a buscarlos, encontraron ocho cadáveres de hombre, ocho cadáveres de puma y al cuerpo de la mujer del cacique sin un solo rasguño. De ahí nació la leyenda de que el cacique, en plena lucha, se había convertido en hombre puma. Y también, según la leyenda, fue ese hombre puma el que devoró a los dos hijos, de cinco meses y tres años, del joven general que se había establecido



en la estancia apenas las tierras fueron arrebatadas a los indios, pocos años después. Me figuré que se trataba del tatarabuelo de Santiago, pero preferí ahorrarme la pregunta. Tras otra copa más, Ordóñez contó que el hombre puma había devorado a cientos de hijos y familiares de soldados y militares que habían participado de la conquista. Ese remate me produjo una ligera y ambigua felicidad, como cada acto de justicia que no necesita de nuestro compromiso. Y mañana lo vamos a enfrentar,

agregó Ordóñez. Alelí y el español habían desaparecido.

* * *

En mi sueño todo el enorme espacio de césped cultivado en panes esponjosos que circunda las habitaciones donde reposan los gladiadores del rifle se había convertido en tierra yerma y resquebrajada. Sólo había una antorcha encendida, de esas antorchas de caña para jardines que venden en las mega-



tiendas de materiales de construcción y decoración, aunque era de día. Yo la agarraba y en el suelo, en imprenta, escribía GOOD MORNING CESAREA TINAJERO, con la suavidad de quien escribe en birome sobre una pálida hoja blanca. Debajo, hacía el dibujo con el que termina *The Savage Detectives*, la novela de Bolaño que leía Julia. El mensaje era para ella. De repente, escuchaba ruidos a mis espaldas con la certeza de que era el puma cacique. Entonces giraba sobre mis pasos para conocer la mirada

de la muerte y reconocirme, pequeño y ridículo, en el iris felino. Pero lo que tenía en mis manos ya no era una antorcha, era el HK SLB 2000 K Light que Randy había comprado en Santa Rosa por 960 dólares. Y la presencia a mis espaldas no era un ser mitológico sino Alelí, vestida con el largo y elegante tapado de Julia. Abría fuego y la explosión de un lanzallamas me quemaba entero, como si hubiese apuntado con el rifle en dirección a mi cuerpo. No llegaba a sentir ningún dolor: sólo



veía mi cuerpo quemándose como un fósforo. Alelí me sonreía y decía algo que yo no llegaba a entender, palabras pronunciadas bajo del agua. Y así fue que amanecí de repente, con la espalda muy transpirada, sin poder reconocer la habitación. Sentí el olor de un espiral para mosquitos recién apagado. La cama de Trini y Damián estaba perfectamente tendida.

* * *

Por la mañana Antonella había cortado la cabeza de una víbora coral negra que alguien encontró cerca de la casa. Santiago decía que la había atraído el olor de su embarazo. Después del asado de cordero, fui con Randy a practicar con unas botellas de cerveza que habíamos puesto encima de unos caballetes y tablonés, a unos cincuenta metros campo adentro. Estaba mejorando. Aprendí a ubicar el rifle, amartillar con paciencia, calibrar la mirilla. Fallé varios tiros pero al final reventé tres botellas segui-



das. En vez de felicitarme, Randy sacó una petaca de caña Mariposa. Creí que era de ese tipo de turistas que adora emborracharse con el color y el alcohol local, y que emborracharnos juntos era parte de mi formación. Sin embargo, después de abrirla y sentir el pegajoso olor de la caña, Randy volvió a poner la tapa, se levantó del tronco desde el que observaba mis movimientos y tiró la petaca al aire. De su sobaquera, sacó una 9 milímetros y con un solo disparo la hizo estallar en el medio del cie-

lo. Nadie pareció enterarse. Después, como si el efecto de ese alcohol que había regado el coto de caza se hubiese inyectado en sus neuronas, empezó a hablarme. Ustedes tienen un gran país, me dijo, ustedes tienen todo lo que un gran país necesita tener. Ustedes tienen campo y el campo es la sangre del planeta, dijo Randy, tienes que aceptar eso. El campo es el único lugar donde deberían pelearse las guerras, dijo, ¿estuviste alguna vez en una guerra? Nunca estuviste en una guerra. La gente que



estuvo en una guerra no lee los periódicos. Deberías haber ido a las Falklands, me dijo Randy mientras encendía uno de mis cigarrillos. Deberías haber viajado por tu país, pero piensas que tu país no vale la pena y que Internet sí, eso es lo que piensas. Pasé más de diez años vagando por el oeste, me dijo, y cuando volví un jodido almacenero creía que era dueño de mis tierras. Mis hijos y un jodido almacenero se habían adueñado de mis tierras y querían mandarme a cazar patos a Chicago. Hijos

de puta. Tuve que golpearlos, golpear a cada uno con mi brazo herido y recordarles quién era. Ahora no lo saben, pero no hay nada para ellos en mi testamento. Una puta mierda, dijo Randy. No lo merecen. Si hubieras matado a un hombre alguna vez lo entenderías, dijo Randy, si al menos hubieras visto los intestinos de un chico joven desangrarse mientras en sus auriculares suena una jodida canción de rap negro, si hubieras escuchado los quejidos de un soldado de Detroit después de que un



iraquí le corte la garganta me entenderías. Tus historias, toda tu basura sobre el campo y los granjeros argentinos son conversaciones de niñas, dijo Randy, y tu eres un izquierdoso que no ama a su país, tu ejército no ama a tu país, tu ejército es corrupto y no conoce nada de armas dijo, deberías enlistarte en el ejército, no se qué esperas para aprender a disparar y enlistarte en el ejército, y enseñarle a los granjeros a que respeten al país y aprendan a ser granjeros, y enseñarle a tu gobierno a que respete a

tu país. Tu gobierno no lo respeta, dijo Randy, y ese tipo, Ordoñez, tampoco lo respeta, no existe el respeto en este país, una noche de estas voy a dispararle a ese borracho, si no es que el puma lo mata antes. Nadie que no haya matado a un hombre debería cazar, dijo Randy, nadie. Tu amigo Ordóñez es un puto cobarde, he matado a un indio como él una vez, dijo. Lo maté porque quería robarme mi medalla, le reventé el estómago de un tiro y dejé al bastardo enfriándose a un costado de la ruta,



cerca de Oakland. Era un buen hombre ese indio, tiraba muy bien, pero quiso robarme mi medalla. Cualquiera puede querer robarte a tu mujer o tu dinero, puedo entender eso. Pero no la medalla, la medalla es tu pasado y nadie puede robártelo, me dijo. Eso no se perdona. Se que te gusta Julia y no puedo culparte por eso, pero si te le acercas demasiado quizás te vuela una rodilla, pequeña mierda. Es una buena mujer, las negras son las mejores, comentó Randy mientras ajustaba la mirilla de su

rifle, apostaría que tampoco has estado con una negra, no hay negros en este país, deben haberlos matado a todos. Deberías probar una negra en lugar de preocuparte por esa mucama, dijo Randy. Sabes, tengo planes de tener un hijo con Julia. Ella no quiere, creo que tiene miedo de que el cuerpo se le ponga flojo, cuida demasiado su culo, sonrió Randy, lo cuida como si su puto espíritu estuviese alojado en su culo. Mi familia es anabaptista pero me hice católico por ella, sabes. Yo también soy



católico, le dije. Estoy leyendo la Biblia. Eso está muy bien, dijo Randy, esto está condenadamente bien. ¿Si tenés un hijo con Julia vas a ponerlo en tu testamento? No lo sé, dijo Randy. Todavía no lo tengo decidido.

* * *

Otra tarde, Randy me contó que había estado en la Argentina hacía cuatro o cinco años. También había venido a cazar, a la Patagonia, no recordaba la

ciudad ni la provincia. Lo que sí recordaba era que una tarde lo habían hecho participar de una cosa muy desagradable y cobarde, según sus palabras. Parece que había corderos y que los gauchos de la estancia los enlazaban y los capaban. Dijo que eran pequeños corderos indefensos, y que habían armado una suerte de rodeo con eso. Que los castraban en el momento, y metían sus testículos en una olla humeante. Según Randy había sido la carnicería más cobarde que había vivido, los corderos

©

no tenían forma de escapar. Aunque se había encargado de uno obligado por la situación, no le había gustado nada. Me confesó que desde que había comido ese guiso de testículos y sangre había empezado soñar con una familia iraquí. Que cada vez que iba de caza, algún miembro de esa familia lo observaba desde los árboles.

* * *

Escribo la última escena de esta histo-

ria desde la cama del hospital de Santa Rosa. Tengo un tubo que destila suero en mis venas, apenas puedo pasar mi lengua a través de los dientes que me faltan, y no siento una mitad de mi cuerpo. Según Damián, sin embargo, mi evolución es favorable. Aquella madrugada me desperté por los gritos de Antonella y los pasos que se escuchaban afuera y el ruido de la camioneta al arrancar. Trini estaba cambiándose en la oscuridad y mi hermano intentaba ponerse sus lentes de contacto. Al salir, nos enteramos



de que había dos heridos y la policía estaba en camino. Yo estaba en ojotas. En el comedor, el español abrazaba a Alelí, Trini abrazaba a mi hermano, y el otro español joven, Andoni, parecía dormir desparramado en un sillón. Quise abrazar a Antonella, que lloraba y limpiaba su hermosa nariz pecosa con un pañuelo de papel, pero no me animé. Fui a servirme un poco de pan. Cuando pude entender algo y escuché que Antonella le decía a Trini que Ordóñez estaba muerto, sospeché lo peor

y supe que Randy estaba metido en el medio de todo. Sentí miedo y sentí un nudo en el estómago y salí a tomar aire. Encendí un cigarrillo como pude, mientras por mi cabeza germinaba la idea de encerrarme en el cuarto a leer la Biblia o a seguir durmiendo y esperar a que todo terminase. Randy me había insistido en que los acompañase esa última noche, pero había preferido no ir porque sinceramente no quería dispararle a un animal. Julia sí que había ido. De pronto, Damián salió a pedirme el



cigarrillo que había venido negándose durante los últimos ocho meses. Y casi al mismo tiempo en que lo encendió, apareció la Isuzu Trooper doble cabina de Santiago en el horizonte, envuelta en polvo. Manejaba él, y a su costado Randy era una momia con anteojos Ray Ban negros. Todos nos acercamos. En la caja de la camioneta estaba lo que quedaba de Ordóñez, con el cráneo destrozado por un disparo, masa encefálica desparramada sobre el suelo de chapa y la camisa desabrochada. Se le veían las

coronas de las muelas, enchapadas en oro, y un tábano le merodeaba la nariz. Vomité sobre sus botas de goma. Alrededor suyo había tres dogos. Uno estaba muerto. La pata de atrás que se llegaba a ver terminaba en unas lanas de carne coagulada que cubrían el hueso y tenía el lomo al rojo vivo, como si conservara una salpicadura de lava. Otro parecía sano y lengüeteaba la sangre que se desprendía de lo que quedaba de la cabeza de Ordóñez. Al acercarme, vi que tenía la columna quebrada y no se podía mo-



ver. El tercero respiraba pero tenía la panza abierta y los ojos cerrados. Lo que parecía ser el estómago se le desparramaba por un costado. De pronto, Santiago bajó de la camioneta y dijo que Randy exigía que yo subiese en su lugar. Tené mucho cuidado, es un asesino, me susurró con un hilo quebrado en la voz y una eterna lástima por mi destino en la mirada. Mis piernas se empezaron a mover y al pasar por la parte de atrás de la cabina, recién ahí, pude verla. Julia estaba recostada en el asien-

to de atrás con los ojos cerrados, un torniquete fabricado con su propio tapado rojo en el brazo derecho y cubierta con la campera de Randy. Abrí la puerta y Randy me dijo que me apurase, que su Julia había sido atacada por un puma y necesitaba asistencia. Me entregó su rifle y vi que en su muslo tenía apoyada la nueve milímetros. No hay tiempo que perder, dijo, perdió mucha sangre y quizás pierda la mano. Desde atrás, escuché que Santiago bajaba el cadáver de Ordóñez y a los perros, que solloza-



ban sin llegar a ladrar. Le dije que si no descargaba la camioneta iba a matarte, me dijo Randy, pero tú sabes que yo nunca haría eso. Cuando arrancamos, apenas pude ver la cara de mi hermano Damián, rubio, helado, casi idéntico al chico de la foto.

* * *

Arranqué a toda marcha, sin mirar al compasivo cortejo que me despedía en la estancia. Como pudo, Randy me

explicó que había matado a Ordóñez porque mientras él cazaba había querido propasarse con Julia, y que la sangre del mismo Ordóñez había atraído a un puma gigante que los seguía. Ese puma, de las dimensiones de un león, había atacado a su esposa, que intentaba socorrer al indio hijo de puta. En el ataque había matado cinco perros, dijo Randy, y había conseguido huir con tres disparos suyos encima. Antes de que pudiera preguntarle por los españoles y por Sarah, nos cruzamos con



un piquete rural a unos tres kilómetros de General Acha. Eran tres camionetas, un Citroën C4, un ciclomotor, una fogata y cuatro tipos que jugaban a las cartas en unas reposeras amarillas mientras otros repartían volantes a los automovilistas resignados que hacían fila en dirección opuesta a nosotros. Había una sola dirección para pasar. Apenas los vio, Randy gritó qué carajo y me hizo acelerar, pisando mi pie sobre el pedal. Cargó la nueve milímetros y me pidió que tocara bocina. Cuando

clavé los frenos, patinamos casi tres metros y nos detuvimos apenas a dos de los que jugaban a las cartas, que se tiraron al piso y volcaron el mate que se pasaban. Randy bajó la ventanilla, apuntó con el arma y me dijo que fuese a explicarles la situación, y que si no abrían paso en cinco minutos mataba a todos los que podía y después agarraba el volante y los pasaba por encima. Desde el fondo de la fila que había del otro lado, algún auto también tocó bocina, y alguien gritó cúbranse que tiene



un arma. Recuerdo la frase bajo el sol anaranjado. Me decidí a bajar a negociar. No había viento, sólo pude sentir el olor del desierto y escuchar el ruido de mi propia sangre agolpándose entre mis ojos. Recé con la mente, de la misma manera que rezo ahora todas las mañanas, cuando al despertarme me siento vivo. Y bajé con las manos en alto. Los ruralistas ya se habían atrincherado detrás de las camionetas, había una pila de volantes desparramados sobre el asfalto. Me detuve a mirar el mate tirado

como una granada vencida, la yerba húmeda, el termo de aluminio en posición horizontal. Manchas de aceite y grietas en el asfalto. Grité: Por favor, hay una herida en la camioneta, tenemos que pasar. Por favor, es un asunto de vida o muerte. Grité: *Randy, be cool, everything is gonna be alright*. Respondió: *Three minutes, boy, tell'em have three minutes from now, and come back here I'll need ya in the hospital*. Desde detrás de una chata Dodge, alguien gritó que si el gringo no bajaba el arma nadie se iba a mover.

©

Pude ver cabezas reclinadas que hablaban en voz baja por celular, adentro de los autos. Y en ese mismo momento, mientras que gritaba por favor, mientras suplicaba atragantado por el llanto, sobre mis gemidos se sampleó la sirena de la policía. A nuestras espaldas, y después me dí cuenta de que también de frente. Patrulleros, camionetas de la policía provincial. Isuzu Troopers como la nuestra. Podría haberme tirado a un costado de la banquina, podría haber pasado del lado de los piqueteros, con

las manos en alto. Pero decidí volver y explicarle a Randy la situación. Preferí decirle que la policía iba a llevar a Julia al hospital, y que los médicos argentinos iban a salvarla. Quería convencerlo de cualquier manera para que entregase las armas, antes de que la policía llegase y arruinase todo. Ahora que lo pienso, ahora que reenfoco ese momento desde diferentes cámaras como si en lugar de un tiroteo seguido de muertes se tratase de un partido de *Winning Eleven*, me pregunto si no lo hice por esa mez-



cla de impulso tanático y sed de fama que me azota desde adolescente. No lo sé. Lo cierto es que volví a subirme a esa camioneta y pretendía empezar a hablar. Pero antes de que pudiera abrir la boca Randy me ordenó que me pusiera el cinturón de seguridad. Le dije que esperase, y me apuntó. Ahora, dijo. Y si no quieres morir disparado por estos pendejos, empieza a manejar you sucker. Obedecí. Ahora vas a ser un cazador, gritó Randy antes de ponerse a disparar. Tiraba cerca, para asustarlos.

Me hundí en el asiento. La camioneta atravesó la línea formada por una Toyota Hilux y el Citroën, y sentí algunos disparos que zumbaban cerca nuestro. Randy no me miró en ningún momento, pero de pronto, cuando vio que le respondían, tiró a matar.

Anteayer Damián me contó que nos habían disparado desde un auto, y que también nos habían disparado desde atrás, no se sabía si un ruralista o la policía que venía persiguiéndonos, o ambos. Tampoco se sabía de dónde había



salido la bala que se había incrustado en el hombro de Randy. Lo cierto es que nuestra camioneta tenía en total 47 disparos de diferentes calibres, desde itakas a rifles de caza, incluso una calibre 22 alemana. Mi herida del pulmón está hecha con una 9 milímetros, y aunque la policía responsabiliza a Randy estoy absolutamente seguro de que nunca me disparó. Cuando volcamos, cuando volqué por segunda vez en mi vida yo ya estaba inconsciente por los tres disparos que me habían alcanza-

do. Randy, herido, mató cinco policías antes de entregarse bajo la promesa de que su mujer recibiría atención médica. Apenas soltó su rifle y levantó las manos fue acribillado.

* * *

Al otro día, mientras miraba en televisión el discurso de la presidenta apenas recuperada de la anestesia y la primera operación, escuché que una enfermera la insultaba. A mi derecha

©

había dos camas con policías heridos que se sumaron al coro. Yegua puta, montonera, vieja de mierda. Esas eran las palabras que más se repetían. Drogado todavía por la anestesia les dije que eran unos asesinos. Los policías querían responderme con rigor. Por suerte, antes de que me golpearan, Damián consiguió cambiarme de habitación y mamá viajó esa misma noche para pedir mi traslado y organizarme una guardia permanente.

Hoy Damián me contó que Julia ha-

bía sobrevivido aunque sin una mano, desgarrada por el puma. La simetría podía resultar graciosa, pero no para mí. También me dijo que había prometido escribirme una carta, pero esa carta nunca me llegó. A veces la imagino sola, leyendo a Bolaño en medio del campo, azotada por el recuerdo de un enorme puma mítico inmune a los disparos de su cowboy. Meses más tarde, de vuelta en mi monoambiente, y con un proceso judicial en trámite, intenté averiguar si finalmente Julia

©

había quedado embarazada de Randy en el coto de caza. Pero ella no contesta mis correos y nadie supo o quiso darme esa información.



AUTORIDADES

PRESIDENTA DE LA NACIÓN
Cristina Fernández de Kirchner

MINISTRA DE CULTURA
Teresa Parodi

JEFA DE GABINETE
Verónica Fiorito

SECRETARIO DE POLÍTICAS
SOCIOCULTURALES
Franco Vitali

